

Bajo la mirada de Marcos

V CONCURSO DE RELATOS ERÓTICOS
“Reflexión sobre el compromiso afectivo y la sexualidad”
Asesoría de Información Sexual para Jóvenes
-Concejalía de la Juventud-

“En realidad, el corazón, si no está deformado, no se equivoca nunca. Qué difícil es hacer algo que vaya contra la Naturaleza; lo menos natural es la omisión. Contra ella no van ni las mayores locuras que se hacen por amor, ni siquiera el suicidio. El ser humano distingue lo que es mejor para él- y la mujer aún más que el hombre-; conoce lo que en cada momento es capaz de producirle la mayor dicha y el mayor placer. Y se dirige hacia ello...Lo único que iría contra su naturaleza sería no procurar obtenerlo. Las más inesperadas acciones, esas que a las gentes moderadas y vulgares se les antojan aterradoras o inverosímiles, cualquier alma enamorada las proyecta y las pone en práctica con mayor naturalidad”.

ANTONIO GALA. LA PASIÓN TURCA.

Nunca he codiciado buscar el sentimiento de soledad. Ese palpitar de una adolescente soltera que sólo conoce adorar a todos los hombres sin poseer a ninguno, sin amar

realmente a nadie salvo el amor por la vanidad, por mi propia vanidad. La misma que me habría hecho sentirme hermosa, seductora, y con el suficiente magnetismo y seguridad como para tener cada noche a un inocente hombre besándome los pies mientras susurra que soy la mujer con los labios más apetecibles. Nunca he jugado a dejarme arrastrar por alguien que me incite a deleitar con el olfato los aromas más recónditos de su cuerpo, a saborear los jugos de una noche desenfrenada, a creer en la magia de unos ojos que atraviesan el juicio. No me he dejado impresionar por un atractivo donjuán ni he fingido llegar al éxtasis en medio de un encuentro sexual para obtener una segunda cita con un desconocido, a pesar del éxito que me habría aventajado el vigor de mi juventud.

Nunca he sabido lo que es curar el mal de amores en otros brazos distintos a los del supuesto amado en fase de olvido, ni la rabia que surge de las entrañas por los celos ni, incluso, el deseo que provoca la envidia queriendo aniquilar la presencia de otra mujer. Tampoco he discrepado entre uno rubio o uno moreno, entre uno alto o uno bajo, entre uno gordo o uno flaco. Nunca he conocido distintas formas de querer porque sólo me han enseñado una: la complicidad, la fantasía, la amistad, la pasión y el sexo que me ha enseñado mi novio de siempre, Marcos. Nunca sentí el deseo de atracar el torso de otro hombre, pues, el único que he conocido y al que verdaderamente he amado, ha conseguido cubrir todas mis necesidades como mujer.

Marcos me enseñó que el sexo es una prolongación de las caricias, y éstas una prolongación del cariño. Un juego repleto de erotismo en el que participan dos personas que se aman. La necesidad sexual la ha satisfecho con su habilidad, con su capricho, con su continuo afán de resultarme erótico e incluso fetichista. Siempre advirtió en sí el síndrome de la Cenicienta, queriendo encontrar el zapato perfecto que encajara con mis anhelos.

Y lo consiguió. Marcos ha supuesto para mí, la locura, la posesión y la liviandad. Libertinaje y amor cogidos de la mano recorriendo los días, las semanas, los meses hasta contar ya con once años de pura curiosidad carnal, de fidelidad incondicional y de diversas formas de hacer el amor casi meramente artísticas.

Pasar tantos años de tu vida con la misma persona supone, también, la experiencia de muchas vivencias distintas que se sufren compartidamente. Marcos ha llenado mi vida de dulces y sabrosos recuerdos. La ira, el cariño, la diversión, el compromiso, la sexualidad. Así que, siempre hay algo para recordar. Siempre se guarda algo en la memoria y en las entrañas que sugiere, que incita a seguir amando. Alguna razón, alguna huella o una esperanza que justifique la enérgica espera de que nunca se extinga la chispa que provocó la unión de dos almas gemelas persiguiendo un mismo sueño.

.....

El verano insistía en llamar a la puerta a pesar del recién estrenado mes de junio. El sol estiraba sus dorados rayos provocando un exagerado bochorno más bien propio del mes

de agosto. Con el decaimiento característico de dos cuerpos acalorados y sofocados en plena hora de la siesta nos echamos en la cama del cuarto que miraba al mar. La ventana estaba abierta aunque el aire declinaba nuestra oferta de llenarnos la estancia de frescura gratuitamente. El ostensible ardor reinaba en el ambiente llenándonos la piel de sudor, de ardorosa humedad que impedía dormir placenteramente. A pesar de todo, Marcos sí lo hacía dilatadamente, estirado con desaire y abriendo sus piernas sin compasión. Su sueño parecía inapelable, necesario. Al menos, así lo entreveía su tímido y tenue resoplido típico al dormitar tras haber estado fornicando acto seguido de comer.

Después de un rato dando incesantes vueltas en la cama, harta de mirar el monótono techo y con un exhortado insomnio que se apoderaba de mí indiscriminadamente, decidí echar un vistazo en la biblioteca particular que había conseguido tener Marcos tras muchos años de deambular por librerías, rastrillos y antigüedades. Sobre todo tenía libros de arte, perfectamente ordenados alfabéticamente por autor.

Aquel día decidí ojear algo distinto. Algún libro que no fuera el de los mejores cuadros de Gustav Klimt. Éste es mi pintor favorito pero lo había visto tantas veces que volver a cogerlo en aquel preciso momento supondría ayudar a la desesperación a que aumentase mi aburrimiento. Quería algo disímil, extravagante, que despertara mi curiosidad y permitiera a mi vista recrearse un poco, al menos, hasta que Marcos decidiera abrir un ojo y preguntarse a sí mismo dónde estoy.

Así que me levanté intentando hacer el mínimo ruido posible. Tanteando esquivar nuestra ropa esparcida por el parquet, me dirigí al salón. Busqué uno de nuestros cd's favoritos de jazz. La sugestiva y sensual voz de Sarah Vaughan, la cantante más emblemática del "bebop" y su inolvidable "*Misty*", comenzaba a sonar. Aquella melodía despertaba en nosotros un deseo irrefrenable de hacer el amor donde quiera que estuviésemos.

Me senté en el suelo a los pies de la inmensa librería. -“*Al menos está fresquito*”-, pensé yo mientras giraba la cabeza para leer todos los títulos de los ejemplares que allí aguardaban a ser escogidos por mi mano y también, por mi intuición, ya que, era sólo iniciada en conocimientos de pintura.

Dejé la puerta del cuarto abierta. Desde la biblioteca veía como Marcos dormía mansamente. Estaba de espaldas y boca abajo, dejando para mi deleite sus bronceadas piernas y sus redondas y desnudas nalgas. También podía escuchar la lánguida exhalación de aire que expulsaba cuando, a cortos intervalos de tiempo, carraspeaba. Esa es una de las ventajas de la confianza, te permite ser quien eres y de la manera que eres.

En breve, continué con mi búsqueda sin entretenerme demasiado en el ligero pensamiento acerca de la complicidad de la pareja. Mis ganas de distracción no me permitían reflexionar demasiado y reanudé mi indagación por el acogedor escenario de los libros.

Marcos conocía irreprochablemente la vida y obras de los pintores que consiguieron hacerse un hueco en la historia. Se ha dedicado toda su vida a la pintura y siente esa forma distinta de ver la vida. Es un frenesí que poseen los artistas. Una visionaria percepción del amor un tanto quimérica y un extremado romanticismo paradójico a sus neuróticas depresiones. Supongo que es el precio que hay que pagar por la habilidad y el ingenio pues es la característica común a todos los bohemios. Un afán en su temperamento que le proyecta a los más entrañables caprichos cuando tiene una fantasía sexual implicándome íntegramente en ellos. Un arrebató que no siempre consigo entender en él a pesar de que lo amo con todo mi arrojo y bravura. Constantemente he pensado que la justificación estaría oculta en alguna insignificante línea de estos

tratados de arte que tanto lee y releo. Ese canon alocado que manifiesta hasta para llevarme a la cama.

Entre tanto, hallé un volumen que nunca había figurado ante mis ojos. Un tomo de una colección de pintores austriacos. Oskar Kokoschka, Anton Stark, Rudolf Bacher...entre otros, Egon Schiele. Me incliné por éste último. Solamente le conocía de oídas y me aprobé pasar la tarde escarbando con mi atisbo los tiznajos de óleo que hacían sus cuadros ásperos e intensos.

Tras haber pasado la pequeña introducción y con sólo mirar un par de paisajes que plasmaban la portada, me di cuenta de que el estilo de Marcos se asemejaba demasiado al de Schiele. Sobre todo en la dureza y rigidez de sus personajes, en las tonalidades frías y contrapuestas a tenebrosas e inquietantes desproporciones y la exagerada repudia a texturas sofisticadas y fastuosas.

A medida que iba pasando sus hojas leía apuntes que Marcos había escrito a lápiz en los márgenes. Para mí, sin ninguna importancia hasta el momento. Sencillamente, anotaciones de técnica. Seguí avanzando y empecé a leer la biografía del peculiar pintor. -“Nació cerca de Viena el 12 de junio de 1.890”-. Curiosamente, el mismo día que nació Marcos aunque no correspondía el año. -“Influenciado por los arabescos sinuosos del Art Nouveau de Gustav Klimt”-. Esta atribución despertó mi indagación, pues descendía de mi pintor predilecto. -“El cuerpo humano fue su principal tema, sus desnudos masculinos y femeninos tienen una carga marcadamente erótica”-. Al leer esto no pude contener una pícara mueca que instintivamente se esbozó en mi rostro.

-“Falleció el 31 de octubre de 1918 en Viena”- Otro nuevo hecho había captado mi atención. El joven pintor murió en la misma fecha de mi nacimiento. Empezaba a encontrar afinidad y creí hallar algo que pudiera hacerme hurgar entre las inspiraciones de mi pareja.

Al pasar la siguiente página, descubrí que Marcos guardaba una foto mía entre las hojas del libro. La miré atentamente y recordé aquel día. Era mi dieciocho cumpleaños, el último sábado de octubre. Hicimos una fiesta particular en su casa. Una fiesta para dos. Decidimos mezclar el sexo con la fantasía, champán con imaginación y pastel de chocolate con nuestros cuerpos, dejándonos llevar por la excitación y la efervescencia de la juventud. Él tenía dos años más que yo y ya había hecho sus pinitos en el mundo del arte.

-“¿Serás mía para siempre, verdad?”-, preguntaba mientras me besaba el cuello casi clavándome los dientes detrás de la oreja. -“Para siempre y mucho más”-, respondí yo, mientras movía mis caderas rodeando con mis piernas las suyas.

Aquella noche no fue menos que divertida, morbosa, caprichosa... Jugamos a pedir lo que se nos antojara en el momento, a pedir deseos. Los deseos y las locuras que nunca hubiésemos practicado antes. Yo le pedí un inolvidable coito anal. Mi primer coito anal, o mejor dicho, nuestro primer coito anal. -“Tu propuesta me ha cargado los huevos de amor”-, dijo mientras satisfacía mi ambición. Era algo que Marcos siempre deseaba practicar desde hacía mucho. Aquel primero me resultó doloroso, punzante, pero ante todo sacrificado. Mi ano debía estirarse más allá de lo que la propia naturaleza mandaba sobre él, pero después de once años ha conseguido dilatarse siendo para mi pareja uno de los actos más placenteros.

Tras esto, llegó su turno. Para mi sorpresa, simplemente me pidió que me maquillara para él de una forma particular. Un modo premeditado que Marcos supuestamente inventó. Insistió en que le dejara hacerlo personalmente, y me dio la sensación de que tenía las ideas demasiado claras. Me retocó con unos colores más llamativos de lo habitual. Incluso, se animó a pedir que me pintara los ojos de rojo. Recuerdo que al no tener el lápiz adecuado para el contorno de los párpados de tal color, usamos el

perfilador de labios. Un rojo fuego, violento, incandescente, tirando a anaranjado. A pesar de las risas y gestos de complicidad me parecía una idea un tanto extravagante pero acepté sin oponerme cuando decidió pintarme también los pezones. Era tan excitante ver cómo me cogía los pechos y los miraba minuciosamente, como si temiera hacerme daño. Mi cuerpo se inundaba de apetito y deseo mientras le observaba. Me soltó el pelo y me fotografió completamente desnuda. -“*Mírame con deseo*”-, me dijo mientras se disponía a disparar. Y al oírlo me llevé la mano a la boca, me acaricié los labios insinuadamente con el dedo pulgar y el índice y me dejé captar por él. Era una fotografía que apenas recordaba y al verla, mi sonrisa se volvió rufianesca. Aún me excito recordando sus excéntricas locuras. Recuerdo cómo me apretaba las nalgas mientras me poseía salvajemente. Los dos desnudos ante un espejo. Le encantaban los espejos. Estar rodeado de ellos para ser protagonista al tiempo que espectador. Enredando nuestros cuerpos, cubiertos de sudor, de semen y flujo vaginal. Aquella noche fue especial, demasiado especial....

Dejé la foto a un lado, en el suelo, y proseguí con el libro. Pero mis ojos se fijaron en un punto preciso. Cargados de sorpresa, comprobé que una de las protagonistas de los cuadros de Egon Schiele tenía la misma postura que yo. Completamente desnuda y considerablemente delgada. El pelo suelto y alborotado tirando a cobrizo. Estaba medio sentada hacia el lado derecho y su mano izquierda posada en la boca. Los pezones y los ojos pintados de rojo sanguíneo, explosivo. El mismo color que contorneaban los ojos de la modelo era el mismo color que contorneaban mis ojos en la foto. Sus pezones poseían el mismo rojo abrumador. Sin duda alguna, el pintor quiso centrar la atención del cuadro en los ojos y pezones de la chica.- “Muchacha sentada, 1.910- Galería Albertina.”- Ese era el nombre del cuadro, el año en que lo pintó y dónde se guardaba. Junto a esto, un apunte de Marcos, -“*para siempre y mucho más*”-, lo escribió a lápiz el

mismo día de mi cumpleaños. Luego, continué leyendo. -“El pintor austriaco se propuso investigar la naciente sexualidad en las adolescentes y para ello no dudó en emplear a modelos de esta edad. La modelo que contemplamos presenta una expresión ausente en su rostro, al tiempo que intenta seducirnos con su mirada. Schiele acentúa la carga sexual de esta figura al aplicar notas rojas en ojos, labios y cabellos”-.

Durante un momento que pareció eterno, por mi mente sucedían infinitos pensamientos atropellándose unos con otros llegando a formar en mi juicio una soberbia confusión. Tal vez, fue sólo una fantasía de Marcos, tal vez, una niñería propia de la juventud, tal vez...no sé...pero me gustó la idea de ser la musa deliberada de Marcos.

El impacto de la semejanza entre la foto y el cuadro fue más que emocionante. Nuevamente, al recordar el día de mi cumpleaños, deseé estar allí. Dar la vuelta al calendario y volver a aquella noche. Envainada en el pastel, rociada con champán mientras Marcos lo saboreaba con su lengua dejándome la piel envuelta en babas. Asimismo, empecé a notar cómo un cálido flujo que salía de mi vagina rociaba mi entrepierna. Por tanto, separé mis huesudos muslos. Despegué los secretos labios con el dedo índice y describiendo círculos leves me acaricié el clítoris. Éste estaba tierno, tenso y sonrosado. De rodillas en el suelo continué mi tímido regodeo hasta que el placer me sobrellevó a una viscosa y abundante secreción. Mis pechos se engarrotaban paralizados mientras mis sonrosados pezones encogían apuntando hacia fuera. Me corrí silenciosamente. En mi mente continuaba el ardiente recuerdo de la celebración.

Al tanto, me levanté a cambiar el compact. Sarah Vaughan había cubierto el cupo de canciones y opté por hacer sonar unas improvisaciones de la legendaria Ella Fitzgerald. Al tiempo, miraba hacia la habitación donde Marcos seguía dormido. No quería despertarle. Le avistaba con atención, sin quitar los ojos de su pene, al descubierto, encogido y tremendamente arrugado, inocente de que mi retorcida siesta buscaba calor

en su recuerdo. Fue un orgasmo muy corto pero intenso en aquella tarde irremediablemente veraniega. Me sentía feliz de seguir deseándole como los primeros días después de tantos años. Será que en el fondo él tiene razón. El sexo es el hermano mayor del amor, del amor que Marcos me ha profesado siempre.

Cuando conseguí recuperar la calma mi cuerpo volvió a quedarse dulcemente vago. La pereza inevitable después del orgasmo me acunaba hasta que apoyada en la estantería conseguí reponerme y proceder a contemplar el libro. Mi curiosidad se incrementaba al tiempo que pasaba sus hojas y conocía más cuadros del inconfundible genio. -“Autorretrato masturbándose. 1.911. Galería Albertina”-. “Schiele no dudó en inquirir en las emociones físicas y emocionales que advierte el hombre durante la masturbación. Esta materia ya había sido empleada por Rodin en su <<Homenaje a Balzac>>, provocando el escándalo al igual que la escena de Wedekind en la que los jóvenes se masturban en el aseo contemplando la Venus de Palma el Viejo. Schiele hace pública una práctica personal y nos presenta el placer y la culpa al mismo tiempo, como podemos observar en el rostro del artista, relacionándose así con el tratamiento que daba a este asunto el doctor Freud. Como respuesta a estas impactantes escenas, uno de los críticos del “Neue Freie Presse” escribió que “las personas de buen gusto son propensas a sufrir un ataque de nervios cuando contempla estas obras”-.

Aparecía el propio autor semi-desnudo. Únicamente, una ruda chaqueta negra cubría su cuerpo. Con aspecto ojeroso y enfermizo, Schiele aparece tristemente masturbándose. Aguantándose el pene con su mano izquierda, su cuerpo surge amarillento y extremadamente delgado. Posiblemente, aquel crítico pensaría que los más refinados podrían sufrir un ataque de nervios. Contrariamente, en mí despertaba un sentimiento más profundo relacionado con Marcos. Siempre deseaba masturbarse ante mí. Siempre ha querido hacer una especie de pública masturbación siendo yo, su única

espectadora. Por un lado, me resultaba estupenda la idea de que mi pareja quisiera mostrarme algo tan íntimo pero no alcanzo a comprender el por qué de su empeño en que le observe masturbarse. Lo cierto, es que, como exordio al juego de cama me resultaba maravilloso.

Sin dar más importancia a esta reflexión opté por seguir leyendo la biografía de Egon Schiele. -“Hijo de padre austriaco y madre checa”-. Continué leyendo hasta encontrar algo interesante que fuera algo más que fechas y datos irrelevantes, que a fin de cuentas, acabaría olvidando. Así que di un ligero repaso con la vista hasta hallar algo que captara mi atención. -“Vivió en Krumau, un pequeño pueblo con encanto del país de su madre. Decidió pasar allí un verano con su novia y modelo de diecisiete años. El encantador lugar le incitaba a pintar por la belleza de las calles bañadas por el joven Moldava. Durante su estancia en este municipio, pintaba a su novia desnuda en el jardín de su casa hasta que los vecinos le tacharon de inmoral y corruptor de menores, suceso que le costó casi un mes de cárcel. Finalmente, abandonaron el pueblo por la amenaza del vecindario, muy a su pesar, ya que, era un enamorado de Krumau. Resignado a ausentarse dijo a su modelo y amante: <<Me marchó pero sé que en éste lugar, algún día, inaugurarán un museo con mi nombre>>”-.

Al analizar el hecho de Schiele entendí muchas inquietudes de Marcos. Empezaba a atar los cabos de tantas casualidades. Marcos y Schiele nacieron el mismo día. Schiele murió el mismo día de mi nacimiento. Además, me quiso fotografiar de la misma manera que Egon pintó a su modelo. Ya lo comprendía todo. Para Marcos el amor nacía en él y terminaba en mí. Sin mí, no sería capaz de entregarse de la misma forma que lo hace. Me involucraba en inagotables enloquecimientos de sexo, en el deseo desmedido, en la lujuria más retorcidamente libidinosa, complaciente y embriagadora, inspirado en

un artista como Egon Schiele. Éste era el centro de su fantasía, su delirio. Un deseo sexual hacia mí que entraba en el meollo de una sabrosa entelequia.

De todo esto, derivé que en el amor y en el sexo siempre hay algo que no se descubre, siempre queda algo por conocer. Comprendí algo demasiado obvio que nunca se me ocurrió anteriormente. El sexo era cosa de dos y de dos formas distintas se podía describir cada acto sexual por muy compenetrado que se esté con la pareja. Un mundo sin límites, amplio, donde el ser humano goza mientras descubre y comparte su cuerpo como algo físico para el intercambio de placer envuelto en sensualidad.

Sin duda alguna, Marcos se excitaba con el estudio de Egon Schiele y quiso hacerme partícipe de las fantasías que le moldeaban la imaginación cuando abría estos libros. Partícipe y protagonista al mismo tiempo. Además, poseía la certeza de que yo no conocía realmente a Schiele, apenas sabía de sus obras. Arma que tenía a su favor. Quiso revivir las vivencias del artista en nuestra piel, en nuestros genitales, en nuestro deseo de amarnos e innovar en el ámbito sexual para que nunca se extinguiera la chispa. El deseo arrollador que me ha producido siempre fue inspirado por un libro de arte. Empecé a reafirmar la idea de considerar a Marcos como un ser sensible, morboso y hasta cierto punto narcisista. Pero no pude negar que cada vez me gustaba más su incontrolable descaro. El que consiguió hacerme su musa, su retorcido objeto de deseo. Conocía a Marcos y sabía que era incapaz de hacerme daño, por tanto deduje, que aún siendo meramente fantasías, había en él una extraña sensación de incompreensión hacia la sociedad. Para aliviarla, Marcos me indujo a su forma extraña de ver la vida, la de los bohemios, el frenesí que le solivianta a su extraño romanticismo a una nueva forma de romper con lo cotidiano y convencional. En cualquier caso, me fascinó la idea de haber sido la elegida para ver el amor y el sexo como algo que está por encima de lo extravagante. Marcos siempre será el amor de mi vida.

Transcurridos unos minutos seguía meditando sobre esta reflexión cuando oí un ruido. Aún estaba en el suelo, distraída con mi cavilación sobre el compromiso afectivo y la sexualidad que me había provocado el libro de Schiele cuando Marcos se levantó y vio que tenía su apreciado libro entre mis piernas. Se dirigía hacia mi completamente desnudo. Antes se paró junto a la puerta y apoyó su hombro derecho sobre la moldura.. Entonces, cruzó los brazos mientras me miraba fijamente. A mí y al libro, al libro y a mí. Su pene estaba completamente erecto. Me avistó con la sonrisa irónica que espontáneamente surge de su rostro cuando desea un encuentro sexual. Una sonrisa que conozco sobradamente. -“¿Te puedo pedir un deseo?”-,le dije mientras me ponía en pie y me dirigía a abrazarle. -“Me podrás pedir deseos siempre y más allá”-, respondió Marcos mientras me abrazaba por la cintura intentando acercar su boca a la mía. -“Cariño, quiero que me hagas el amor en el jardín”.

“Pareja sentada”. Egon y Edith Schiele. Galería Albertina. Viena- 1.915.

“La obra no puede ser más expresiva, reflejando con dureza uno de los problemas que más obsesionaban al artista: el sexo, siendo una de las primeras representaciones que le vemos como amante a la vez que esposo”.